



La iglesia de Palos.

CRÓNICA

LAS FIESTAS DEL CENTENARIO

Contra el sentir de los que veían llegar con recelo el período de las fiestas, temerosos de que el entusiasmo de la nación no correspondiese á la grandeza del asunto, el primer cañonazo disparado en Huelva, ha repercutido en todos los ángulos de España.

Durante los seis primeros días de Agosto ha habido como una tregua de Dios, y la patria desentendiéndose de actualidades mezquinas se ha sentido tan poderosa, tan alentada, tan dueña de sí, cual en aquella dichosa edad de oro en que se entretajían para coronarla los laureles de la Reconquista y las palmas del Descubrimiento.

Congratulémonos de ello y dejando para más claros ingenios el cuidado de sacar trascendentales deducciones, atengámonos á nuestra llana obligación de cronistas.

El día 30 de Julio á las ocho de la noche llegó á Huelva la comisión encargada por la Junta Central Directiva de asistir á la inauguración del Centenario. Formábanla los Sres. Nuñez de Arce, presidente, los ministros plenipotenciarios de México y Haití, general Riva Palacio y Mr. De Roches, el encargado de Negocios de la República Norte-Americana Mister Mac-Nutt, y los Sres. Zaragoza, Rada y Delgado, Ortiz de Pinedo, Sánchez Moguel y Vicenti, vocales de la mencionada Junta.

La Comisión, —á la cual se incorporaron dos días después el ministro plenipotenciario de la República Dominicana Sr. Escoriza, el encargado de Negocios de Colombia Sr. Gaibrois, y el Sr. Catalina García, —fué recibida en la estación por las autoridades y acogida por la ciudad con el mayor afecto.

Á la mañana siguiente, cumpliendo el primero de sus deberes, embarcóse para la Rábida, en donde necesitaba examinar el estado de las obras de restauración del monasterio, y el desarrollo del monumento conmemorativo.

Personas de notoria competencia han de puntualizar aquí todo lo referente á dichos trabajos; nos limitaremos por tanto á trazar ahora cual si nos valiésemos de la fotografía instantánea, la honda impresión que la vista de aquellos sitios nos produjo.

Es bien conocida la silueta del famoso convento, reproducida por los múltiples procedimientos del arte en infinito número de copias, pero según vulgarmente se dice media una distancia inmensa entre lo vivo y lo pintado. Al verlo de cerca se turba y sobrecoge el alma con un respeto y una emoción, parecidos tan sólo á los que experimenta el niño á quien su madre lleva á los pies del confesor en una fría madrugada de invierno.

Ya dentro del conventillo, son dos los movimientos del ánimo. El primero, de gratitud al inteligentísimo arquitecto y arqueólogo Sr. Velázquez, merced á cuyos esfuerzos ha resucitado el primitivo claustro, y han resurgido las puertas de herradura y las angostas escaleras por donde sin género de duda pasó el descubridor del nuevo continente. El segundo responde á una extrañeza en que se juntan algo de tedio y mucho de desagrado. No hay explicación ni disculpa para la malhadada obra en que entretuvieron sus ocios los franciscanos de los siglos xvii y xviii, hijos espirituales, aunque nadie lo supondría á juzgar por las muestras, de los altos varones que desde el xiii hasta mediados del xvi, representaron genuinamente la civilización, el arte y la poesía.

Ellos que con razón se ufanaban del patrocinio dispensado por la orden al glorioso genovés, y de que éste hubiese ceñido el cordón de los terciarios, teniendo allí un monumento que era una preciosa é inestimable reliquia, destruyeron en busca de relativas comodidades las celdas y crujías donde tanto habían discutido y soñado Colón y Fr. Juan Pérez, echaron abajo lo antiguo, é hicieron en una palabra cuanto les fué dable para que no quedase resto tangible ni testimonio material del peregrino y único suceso.

Hoy renace, exhumado por las manos de una generación á quien injustamente se tilda de iconoclasta, el pobre monasterio, dotado de un incontrastable poder sugestivo, y el cual si los gobiernos atinan á completar su restauración será pronto una cristiana Meca para la gente sajona y latina de ambos mundos.

En la explanada donde se yergue, agrúpase y acampa la colmena de trabajadores dedicada á la construcción de la cercana columna votiva. No lejos flamean las cien banderolas de un *chalet*, levantado por el dueño del Hotel Colón á fin de proporcionar comida, frescura y solaz á los viajeros, otras tres ó cuatro hospederías tienden al rededor extensos y pintarrajeados cobertizos, y salpicados entre el pinar que cubre todo el monte asoman chozas de obreros, puestos de vendedores, y rancherías de gitanos. Todo ello es vulgar, pero en extremo pintoresco y con fuerza tan intensa de realidad que lejos de producir un contraste enojoso, eleva el alma, y parece como

que la remoza y tonifica. Allí está la vida moderna con las máquinas estruendosas de su industria, con el espíritu utilitario que la anima, y con la actividad incrédula que le es propia, trabajando por restaurar unas venerables ruinas, empeñada en devolver á una grandiosa idealidad la original pureza y la pristina hermosura, y complaciéndose en evocar esa religión universal de los recuerdos, que hoy como siempre, ó acaso más que nunca, constituye el alimento imprescindible de los pueblos y de las almas.

Sí; suenan bien en la planicie la risa alegre de los trajinantes, el cantar acompasado de los alarifes, el golpe seco de los martillos y azadones, y el silbido de las lanchas de vapor que atracan ó desatracan en el muelle. En medio de tamaña algarrabía, toca á veces la campana del convento, que llama, no al refectorio, sino al trabajo. Y sabe Dios que el toque vibra no menos santamente que antaño, y que lejos de producir una ingrata desafinación conviértese en maravillosa sublime dominante, bajo cuyo poder adquiere soberana armonía aquel conjunto de heterogéneos y desacordados rumores. Á unos dos mil pasos del convento, está la basa auténtica de la cruz en cuyos escalones reposaron, yendo de Palos á la Rábida Colón y su hijo. Aun se conserva íntegra una grada, y á corta distancia yace tendido pero bien guardado un trozo de fuste del crucero.

Dan ganas de arrodillarse, y allí más que en parte alguna salta á la vista y se desarrolla dentro del alma todo el proceso de la sobrehumana aventura. La sombra de Colón anda todavía por aquellos lugares. En ellos, aparece á cada momento saliendo de entre los pinos, y pasa meditabunda hasta sumirse llenándolo por completo en el horizonte infinito del Océano. No en los libros ni en las pinturas hay que buscarla sino en el paisaje agreste que tiene todas las soidades del Norte bajo los tonos calientes del Mediodía.

Análoga emoción se siente al entrar en Palos. Es un pueblecillo de pescadores, blanco, arenoso, soleado, tendido en rápidas cuestas hacia el mar, y con viviendas cuyas portaladas y rejas difieren muy poco de lo que debieron de ser en el siglo xv.

Á su pie, desenvuélvese la ría que apenas marca un estrecho reguero en las mareas bajas. Parece en todo á las rías gallegas. Del puerto á la mar alta hay más de dos leguas, y cualquiera, juzgando por tales datos exteriores atribuiría á los habitantes la pacífica condición de marineros de agua dulce. Son sin embargo como los de Galicia y Asturias los que mayor intrepidez acreditan al pelear contra el Atlántico en las cotidianas labores del cabotaje y de la pesca. Sin transición salen del lago para dar en el abismo. Así pudo ser que, dejándose arrastrar por Colón, le acompañasen en su formidable empresa.

Al vagar por el pueblo, muy venido á menos en el transcurso de los años, compréndese los esfuerzos y ansiedades del predestinado navegante mucho mejor que por el relato de sus gestiones y solicitudes en las Cortes europeas. Era, según las crónicas, hombre de persuasiva é insinuante palabra, pero aun así pasma el considerar cuánto tendría que decir y hacer, en compañía del generoso Fray Juan Pérez, para transmitir su convicción á los rudos mareantes de Palos é interesarlos en un

empeño cuyo principal estímulo tenía que ser el amor á lo desconocido, dado que mal podía mover á aquellos hombres ni el temor á un castigo harto difícil de aplicar á gente levantisca y andariega, ni la esperanza del lucro, reducido á una escasísima soldada.

*
**

Á las cuatro y media de la tarde del mismo día 31, entró en Huelva procedente de Cádiz la nao *Santa María*, remolcada por el vapor de la Trasatlántica *Joaquín Piélagó* y escoltada por una escuadrilla de buques españoles y extranjeros á cuyo frente venía en el transporte *Legazpi* el Sr. Ministro de Marina.

Formaban aquélla, además del buque almirante, los cruceros *Isla de Luzón* é *Isla de Cuba* (éste daba remolque á nuestra corbeta-escuela *Nautilus*); el crucero inglés *Scoutt*, el aviso francés *Hirondelle*, los cañoneros españoles *Temerario* y *Cocodrilo*, el *yacht* del cable *Mirror*, y los torpederos ingleses núms. 47 y 48.

Los barcos franquearon la barra y entraron uno á uno, saludando á los que se hallaban en el puerto y que les devolvían las salvas. Eran éstos la corbeta austriaca *Aurora*, el crucero mejicano *Zaragoza*, el crucero holandés *Bonaire*, y los cañoneros españoles *Aarzanza* y *Cuervo*.

La Santa María fondeó junto al muelle y fué vitoreada por la muchedumbre. Aunque corta de eslora, á causa de la mucha guinda y de la altura de ambos alcázares destacaba soberbiamente entre las demás embarcaciones, y aparecía como el símbolo de las glorias patrias, ante el cual todas las modernas invenciones marítimas rendían voluntario acatamiento.

El día 1.º de Agosto, á las ocho de la mañana, y bajo un sol de justicia, celebróse en la plaza de San Pedro, á espaldas de la iglesia del mismo nombre, una misa de campaña, á la cual asistieron el Ministro de Marina, el Capitán general de Andalucía, el Gobernador militar de la provincia, las Autoridades y Corporaciones civiles y una comisión de la Junta Directiva del Centenario.

Formaban la parada fuerzas de mar y tierra, carabineros y un destacamento con dos piezas de desembarco de la fragata *Gerona*. Terminado el acto, se bendijo con las ceremonias de rúbrica el nuevo pendón de la ciudad de Huelva. La comitiva se trasladó después á la explanada del muelle, para ver maniobrar, por cierto que con elegancia y precisión admirables, á la marinería.

Por la tarde, se reunió en el despacho del Gobernador Sr. Carazon y la Junta local ejecutiva, para recibir solemnemente á la Comisión de Madrid, y adoptar varios acuerdos. Entre éstos merece particular mención el de invitar á los Ayuntamientos donde nacieron Hernán Cortés, Francisco Pizarro, Vasco Núñez de Balboa y Hernando de Soto para que asistan á las festividades de Octubre.

En el tren de las ocho llegó la comisión del Ayuntamiento de Sevilla que traía el llamado pendón de San Fernando, y por la noche hubo iluminación en el muelle, y en alguno de los barcos surtos en la bahía.

Á última hora súpose de cierto que el Ministro de Marina había dispuesto que el día 2 se celebrase en la hermosa iglesia de Palos donde fué leída la pragmática de los Reyes Católicos, una misa á la cual habían de asistir las autoridades, las comisiones y los comandantes de los buques extranjeros.

*
**

Amaneció el martes—martes había de ser—y á la madrugada zarpó para Palos, escoltada por *El Legazpi* y *El Cuervo La Santa María*. Aprovechando el viento favorable la nao desplegó las velas y con andar majestuoso recorrió la mayor parte del trayecto sin necesidad de ajena ayuda.

Á las pocas horas llegaban las comisiones, que desde la Rábida hubieron de recorrer en coche el camino, y se congregaban en la linda iglesia medio ojival, medio mudéjar, que también ha sido objeto de una restauración muy acertada.

El templo estaba vacío, y no del todo limpio, y los altares desnudos.

Los expedicionarios entretuviéronse largo rato en admirar el mencionado púlpito, la gallarda puerta nombrada de los *novios*, y una capilla que parece haber sido abierta sobre un antiguo marabut, pero las horas pasaban y el cura encargado de officiar no aparecía. Enviado en su busca un mensajero, súpose que el párroco no estaba en el pueblo sino en Huelva adonde se había ido muy de mañana. Á todo esto los comandantes ingleses se habían retirado, en vista de lo cual y del inaudito entorpecimiento, el general Beránger dispuso el regreso de la malhumorada comitiva.

Á tal punto compareció el cura de Palos, manifestando tranquilamente que no tenía noticia de la ceremonia, pues nadie se lo había comunicado de officio y negando del modo más rotundo que el alcalde de Palos le hubiese participado tal acuerdo.

No era adecuada la ocasión para esclarecer el hecho, y ministro, almirantes, generales y comisiones volviéronse á sus carruajes y barcos, mientras el buen cura de Palos, sin perder la serenidad de ánimo, regresaba paso ante paso á su domicilio.

El efecto no pudo ser más deplorable ni más lastimoso el espectáculo ofrecido á los extranjeros. Dícese que todo se debió á querellas antiguas entre el clérigo y el alcalde. Algo habrá de ello, pero conviene fijar más alto la mira. En primer lugar la misa del día 2 no figuraba en el programa de las fiestas. Mencionábase tan sólo la del día 3 que había de correr por cuenta de la Academia Bibliográfica Mariana. Y en una ciudad de pocos recursos, donde las comunicaciones son difíciles, y cuando falta unidad de dirección, modificaciones tan fundamentales traen aparejadas esas y otras desagradables contingencias.

Débase reconocer además que contribuyó al fracaso la abstención de los prelados españoles, ninguno de los cuales quiso asistir á las solemnidades de Huelva, aunque otra cosa permitía esperar la Encíclica colombina del Papa. El único que allí se presentó fué el de Gibraltar: un extranjero.

Á las cinco de la tarde salió del palacio de la Diputación provincial la comitiva or-

ganizada para pregonar el comienzo de las fiestas centenares. Iban delante los reyes de armas y el pregonero asistido de timbales y clarines, con trajes de época; luego, la enseña de San Fernando traída por la comisión del Ayuntamiento de Sevilla y rodeada por los maceros de la capital andaluza; después el estandarte de la casa de Medina-Sidonia, escoltado por guardas del histórico coto de doña Ana, y cerraban



Vista general de Palos.

la marcha, bajo la presidencia del gobernador civil, comisiones del Ateneo Escolar, de la Sociedad Colombina, del Círculo Mercantil, de los Casinos, del Clero, de la Marina, del Club de Regatas, del Ayuntamiento, de la Diputación y de la Junta local de festejos. El alarde fué muy vistoso. En los sitios céntricos, el pregonero, mozo desenfadado y de ademanes expresivos, declamaba el pregón en una fabla roman-

ceada no desprovista de mérito, pero cuyos arcaicos primores no bastaban á compensar la desmesurada proporción del discurso.

En el Hotel Colón verificóse á las nueve y media de la noche la solemne reunión anual de la Sociedad Colombina Onubense. No hubo premios á la poesía, pero sí premio y accésit por el tema «Estudio acerca de la población de América en general expresando las inmigraciones y cambios operados en la misma desde los tiempos prehistóricos hasta la llegada de Colón». El primero fué otorgado al Dr. D. Emilio Blanchet, y el segundo á D. Luis de Hoyos.

Pronunció un excelente discurso el Sr. Sánchez Mora, presidente de la Sociedad, dijo algunas inspiradas frases el Sr. Núñez de Arce que con los miembros de la Junta Directiva y el obispo *in partibus* de Lystra ocupaba el puesto de honor, leyó un magistral y entonado poema sobre la reconquista y el descubrimiento el Sr. Ortiz de Pinedo, recitó el Sr. Balaciart unas décimas dedicadas á los Pinzones, y ya rendido culto á las letras y á la historia, resolvióse la fiesta en un animadísimo baile.

*
**

La demostración naval del día 3 de Agosto dejará perpetuo recuerdo entre cuantos la presenciaron, porque no ha habido otra ni tan hermosa, ni de carácter tan universal, ni tan adecuada al fin propuesto. Entre las diversas solemnidades y conmemoraciones del Centenario, fué la principal, la verdadera, la única.

Desde la mañana anterior, hallábase fondeada en Palos, como en su propio centro, *La Santa María*. Delante del puertecito de pescadores parecía aún más bella y más adusta. Bien se han equivocado los que se burlaban de ella, creyendo que iba á ser un juguete de niños. Pintada de color avellanado oscuro con brillantes escudos en la borda del alcázar de popa, ofrece un aspecto emprendedor y algo sombrío que recuerda al punto el de nuestros soldados y conquistadores del Renacimiento. Al lado de los modernos buques de guerra da la idea de ser más fuerte que todos, y más capaz de empresas inauditas. Cuando marcha á la vela—y la mayor mide 100 metros de envergadura,—sufre terribles bandazos, pero sigue avante, majestuosa, decidida y austera. Piensa quien la ve que así partieron por el mar ignoto los compañeros de Colón, sin curarse para nada de las rudas incomodidades ni de los casi inevitables riesgos, y entregándose fieramente en manos del destino. Hacia ella convergen las miradas; obsérvanla con curiosidad semejante á devoción los marinos extranjeros, y dijérase que á todos habla de cosas de otra gente y de otro mundo. Es un símbolo que demuestra de un modo tangible la sobrenatural inverosimilitud, pero también la positiva realidad de la empresa.

Los moradores de Palos, que todavía se llaman Hernández, Prietos, Redondos y Pinzones, contemplábanla instintivamente con vaga aprensión, no de otra suerte, que si también por esta vez fuese á llevárseles padres, hijos ó hermanos, en demanda de lo desconocido.

Era el cielo una sola y gruesa nube. Entraba el flujo, soplabla el viento de fuera y había mar de fondo. Una bien triste madrugada.

Por un error en la transmisión de órdenes al izarse en la Rábida las 23 banderas de los Estados americanos no pudo hacer salvas la batería de tierra.

La carabela que esperaba desde las cuatro un cambio favorable, en vista de que pasaban las horas, tuvo que aceptar el remolque del cañonero *Cuervo* y comenzó á deslizarse por el Tinto. Al cruzar bajo la Rábida disparó sus falconetes, contestando á los saludos de la batería y del crucero mexicano *Zaragoza*.

Cambió de remolque, aceptando el del *Isla de Luzón*, y á las seis y minutos de la mañana estaba en franquía. Tras ella enderezaron proas los buques estacionados en Huelva, de entre los cuales se apartó y detuvo, por un accidente imprevisto, la corbeta austriaca *Aurora*.

Á todos se había adelantado la mexicana *Zaragoza*, quien dió escolta á la nao durante la manifestación á menos de un cable de distancia, y mantuvo este puesto de honor hasta el instante del retorno, en que la consigna establecida la obligó á entrar en la línea de las escuadras extranjeras.

Se ablandaba el corazón y se humedecían los ojos, al ver pasar lenta y oscura como una gloriosa sombra, descarnada y sin velamen como el esqueleto de un héroe la carabela colombina, y siguiéndola de cerca la blanca, flexible y graciosa corbeta americana. Creyérase que una nieta robusta, amante y joven iba velando con exquisita solicitud todos los pasos de su cansada y noble abuela.

La barra de Saltés... El viento ha caído y la mar ha abonanzado, pero el horizonte sigue cubierto por una espesa bruma. Á la izquierda, los restos de dos buques naufragos asoman la descuadernada osamenta junto á las piedras de la costa. Reina un augusto silencio. Ni una aclamación, ni un grito, ni un chillido de gaviota. Óyese tan sólo el resoplar de las hélices y el áspero rechinamiento de poleas y jarcias. Se- meja el desfile una procesión de buques fantasmas que pasean, entre la vaguedad del crepúsculo, añeja carga de glorias.

Como si una mano de artista hubiese esperado para descorrer el telón el momento oportuno, rasgóse de pronto la niebla, y fulguró radiante y vívido el espléndido sol de España.

Á corta distancia en dirección Este, presentábase nuestra escuadra *El Pelayo*, *El Reina Regente*, *El Alfonso XII* y *La Victoria*; más allá, el crucero norte-americano *Newach*; luego los ingleses *Amphion*, *Australia*, hacia quienes forzaban máquina *El Scoutt* y los torpederos números 47 y 48; en busca del acorazado francés *Duguesclin* adelantaba separándose de la escolta el crucero *Hirondelle*; el holandés *Bonaire* cambiaba de línea; los cruceros argentinos *Almirante Brown* y *Veinticinco de Mayo* recién llegados al punto del simulacro y mostrando las huellas de un viaje tan duro como una batalla, corrían á ocupar su puesto; junto á ellos marchaba el portugués *Vasco da Gama*, y á lo lejos, en el extremo Oeste, envueltos todavía por los últimos jirones de bruma, maniobran para llegar á tiempo cuatro confusas

é inmensas moles: los acorazados italianos *Lepanto*, *Dogali*, *Bausan* y *Duilio*.

Rompió el fuego nuestro *Reina Regente*, contestó disparando sus ocho piezas menores *La Santa María*, y un formidable cañoneo estalló súbito en ambas escuadras. Entre los incesantes estampidos resonaban las músicas y las aclamaciones, distinguiéndose por las muestras de entusiasmo los acorazados italianos y los cruceros argentinos.

En tanto, la carabela que había largado el trapo, cruzaba diagonalmente el arco de círculo formado por 31 buques de guerra.

Quien tal ha visto, por mucho que viva, no habrá de olvidarlo nunca.

Realizóse entonces una magnífica contramarcha y las 31 naves, acompañadas de otras muchas mercantes pusiéronse á la vez en movimiento, rodeando á *La Santa María*. Llevaba la cabeza de la línea extranjera *El Lepanto*. Así navegaron durante veinte minutos hacia el Sudoeste.

En aquellos supremos instantes, la gloria de España era tan grande, tan notoria, tan cierta, como en los días remotos en que su sol y su imperio se extendían sobre tres mundos.

Tuvo fin la simbólica y rápida transfiguración, las grandes escuadras, hecho el postrer saludo gobernaron en demanda de Cádiz, y la nao con la flotilla española virando de bordo enderezaron el rumbo á Huelva.

Se había desvanecido el sueño, pero el despertar era todavía muy hermoso.

El recuerdo de tan soberano espectáculo vivirá perpetuamente en nuestros corazones y nos infundirá confianza para arrostrar los embates y angustias de la vida. Durante la mañana del 3 de Agosto hemos sido los españoles del siglo xv y del siglo xvi, los que redimían continentes al precio de su sangre, los que se sentían ahogados y estrechos dentro de los límites del viejo mundo. Durante aquellas horas, las almas de los descubridores debieron de advertir allá arriba que aún estaban en íntima comunicación con la tierra.

Sean para ellos el honor y la gloria.

*
**

En la mañana del día 3, y á punto de izarse las banderas americanas en La Rábida, el alcalde de Palos telegrafió dando cuenta del suceso al Soberano Pontífice, al general de los Franciscanos, al rey de Italia, á la reina Victoria, á los presidentes de las Repúblicas de Haití, Santo Domingo, México, América del Norte, Brasil, Uruguay, Guatemala, Nicaragua, Salvador, Bolivia, Paraguay, Colombia, Ecuador, Venezuela y Honduras.

Son conocidas ya, y muy halagüeñas algunas contestaciones.

«El general de los Franciscanos al alcalde de Palos:—Reconocidísimo á vuestro telegrama, os doy las gracias en nombre de la Orden, que ve con júbilo cómo es festejada la memoria del inmortal Colón, que ciñó el cordón de los terciarios. Gloria

imperecedera que se refleja también en la Orden de San Francisco. Saludo á Palos y á su alcalde.—LUIS PARMA, *General de los Franciscanos.*»

«El Secretario de Estado del Brasil al alcalde de Palos:—Agradezco en nombre del Gobierno del Brasil la salutación á la bandera brasileña hecha por el ejército y la marina en La Rábida, á la misma hora en que cuatrocientos años ha zarpó Colón para el descubrimiento de América.

»Saludo la grande gloria de la nación española, representada en esa solemnidad por el alcalde de Palos, el honrado Sr. Prieto.»

«El Secretario de Estado en los Estados Unidos al alcalde de Palos:—El presidente de la República me encarga agradezca cordialmente el mensaje vuestro que ha recibido, conmemorando el inolvidable día en que celebra el pueblo del nuevo mundo occidental el descubrimiento de América. Agradecimiento y reverencia al nombre y fama de Colón, juntamente con los hijos de los bravos marineros de Palos y Huelva que tripularon las carabelas descubridoras. —FOSTER.»

«El Presidente de la República Argentina al alcalde de Palos:—Agradezco su telegrama recibido en esta fecha memorable entre el pueblo argentino, representado por buques de su Armada. Saluda á esta madre patria en el puerto histórico de Palos.—PELLEGRINI.»

Aunque sea brusca la transición, al hablar de este memorable día, importa decir que tuvo brillantísimo remate con la iluminación nocturna de los muelles de Huelva y de los buques anclados en su puerto, iluminación tal como de seguro no se ha visto en ninguna capital de primer orden.

Cierto que no se cumplió el número del programa relativo á la entrada de la nao, bajo la proyección de focos eléctricos y por una calle de embarcaciones menores cubiertas de luces, mas no por eso dejó de ser admirable el espectáculo de la bahía.

*
**

En la iglesia de la Merced se verificó el día 4 con asistencia de autoridades y próceres, la función religiosa anual, costeada por la Sociedad Colombina Onubense. Ofició el Vicario Apostólico de Gibraltar Monseñor Canillas, y dijo el panegírico de Colón el magistral de Córdoba Sr. Gonzalez Francés. El orador, en un prolijo discurso, manifestó la esperanza de ver beatificado al descubridor, y no se cuidó para nada del reciente acuerdo de la Congregación de Ritos.

Á las ocho y media de la noche tuvo efecto, en el Hotel Colón (teatro obligado de toda clase de ceremonias oficiales) el banquete con que el Ministro de Marina obsequiaba á los almirantes, jefes y oficiales de las escuadras extranjeras.

Á las tres mesas paralelas, sentáronse 300 personas. Presidían la central el Sr. Beránger y enfrente el Sr. Núñez de Arce, la de la izquierda el capitán general de Andalucía y el alcalde de Huelva, y la otra el contra-almirante Butler y el gobernador de la provincia.

No hubo más que cuatro brindis, muy cortos todos ellos.

El Ministro de Marina levantó la copa en honor de los reyes de España, de los jefes de los Estados americanos y europeos y de las escuadras que habían concurrido al memorable alarde del día 3 de Agosto.

El general Riva Palacio, en nombre y como decano del cuerpo diplomático, agradeció la deferencia y saludó á la marina española, trazando un sobrio y acertadísimo paralelo entre la aventura providencial del descubrimiento y la fabulosa expedición de los Argonautas. El almirante italiano Sr. De Lignoro, orador fogoso y persuasivo, brindó por España, única nación que había facilitado al inmortal genovés los medios de descubrir un mundo. El Sr. Núñez de Arce, al describir rápidamente el paso de la nao entre los acorazados, como que hablaba con el corazón, llegó sin esfuerzo al de todos los que le oían. Una de sus frases por lo hermosa y lo exacta produjo grande efecto. Era verdad que al contemplar la mañana anterior á *La Santa Maria* deslizándose en medio de tantas y tan poderosas máquinas de guerra, acudían á la mente y á los labios las palabras del Génesis relativas al espíritu de Dios que flotaba sobre las olas. El capitán general de Andalucía Sr. Coello, cuya discreción corre parejas con la modestia, obtuvo aplausos muy merecidos al significar la comunidad de glorias y aspiraciones que ha existido y existirá siempre entre el Ejército y la Armada.

Durante el banquete, fué objeto de cariñosas atenciones el Sr. de Solier, almirante de la escuadra argentina. Tenía derecho á ellas por su ilustración, por su bizarría y por el viaje penosísimo que ha tenido que realizar para venir á la demostración naval de Huelva. Acosado desde su salida de Buenos Aires por temporales deshechos, perdió en la jornada el caza-torpederos *Rosales*, y apenas fondeado en Cádiz vióse obligado á levar anclas y poner la proa hacia Saltés, sacrificando la necesidad de unos momentos de reposo al deseo de llegar con tiempo á la cita.

Concluído el acto, verdaderamente espléndido y suntuoso, la mayor parte de los concurrentes dirigiéronse al Círculo Mercantil en cuyos salones se celebraba lucidísimo baile. Con otro, dedicado el día 5 en el local de rúbrica á los marinos extranjeros y nacionales, cerróse el primer período de las fiestas, amenizadas además por retretas militares, regatas, fuegos de artificio y variedad infinita de iluminaciones.

Debemos mencionar dos particularidades en cumplimiento de nuestra obligación de cronistas.

La Real orden en que se dispone, para honrar la memoria de los capitanes de *La Pinta* y *La Niña* Martín Alonso Pinzón y Vicente Yáñez Pinzón, que lleven sus nombres en lo sucesivo los cañoneros-torpederos *Audaz* y *Rápido*, y el hallazgo providencial ó poco menos de una descendiente de aquéllos, realizado en Palos por los Sres. Catalina y Fernández Duro.

La joven, muy graciosa en verdad, de cuyo abolengo solamente una vieja del lu-

gar tenía noticia cierta, se llama Joaquina García Pinzón y ha sido obsequiada por el Ministro de Marina con un regalo de 250 pesetas que le servirán para costearse el traje de boda.

Tales han sido las festividades de Agosto, entre las cuales la demostración naval figurará siempre en primera línea, y dejará, como ya hemos dicho perdurable recuerdo.

Ella solo bastaría para glorificar á Colón, dado que al homenaje de España se unió aquel día, ante la casa santa de la Rábida, el de todas las naciones del mundo.

ALFREDO VICENTI



FIESTA NAVAL CELEBRADA FUERA DE SÁLTES EL 3 DE AGOSTO DE 1892.



Reina Regente.
Alfonso XII.
Victoria.
Pelayo.

Portugal.
Vasco de Gama.

Francia {Hironelle.
Duguesclin.
Mejico.
General Zaragoza.

Torpedero ingles.

Italia {Banzant.
Dogali.
Dutillo.
Italia.
Isla de Cuba.
Temerario.
Torpedero ingles.

Nao Santa Maria.
Cuervo.

Pillago
Cocodrilo.

Inglaterra {Scot.
Australia.
Estados Unidos de América.
Newark.
Republica Argentina.
Almirante Brown.
Venticinco de Mayo.

Austria.
Aurora.
Holanda.
Bonaire.

ESCUELA DE ESTUDIOS
HISPANO-AMERICANOS

BIBLIOTECA